



## Reconocer a un profeta

Fr. Duberney Rodas Grajales

En las lecturas de este domingo podemos percibir la necesidad de identificar la misión profética. En medio de la proliferación de profetas, en las Escrituras constantemente aparece el discernimiento sobre la autenticidad del profeta. Una de las características fundamentales es que el profeta es consciente de que la Palabra que pronuncia es inspirada por Dios, el verdadero profeta es el que recibe el Espíritu del Señor, el cual le mueve para entregar su mensaje con fidelidad, aunque ello signifique exclusión, persecución e incluso muerte.

Una de las primeras características para descubrir a un profeta, es su consciencia de ser enviado por el Señor. Así la vocación de Ezequiel lo atestigua al señalar: “Me invadió el espíritu mientras me hablaba y me puso en pie” (Ez 2,2) esta experiencia personal que toca su vida, hace que vaya valientemente a pronunciar con fidelidad el mensaje, a pesar de que por las resistencias propias del pueblo al que son enviados, éste se reciba con dureza de corazón. Otra de las características especiales del profetismo es que sus palabras son acompañadas por sus obras, como bien lo percibe Ezequiel en la visión sobre su vocación: “Escuchen o no escuchen, ya que son casa rebelde, sabrán que había un profeta en medio de ellos” (Ez 2,5) estas características animan también la actual misión evangelizadora de nuestra Iglesia, así nos anima el Papa Francisco:

En cualquier forma de evangelización el primado es siempre de Dios, que quiso llamarnos a colaborar con Él e impulsarnos con la fuerza de su Espíritu. La verdadera novedad es la que Dios mismo misteriosamente quiere producir, la que Él inspira, la que Él provoca, la que Él orienta y acompaña de mil maneras. En toda la vida de la Iglesia debe manifestarse siempre que la iniciativa es de Dios, que Él nos amó primero y que es Dios quien hace crecer. Esta convicción nos permite conservar la alegría en medio de una tarea tan exigente y desafiante que toma nuestra vida por entero. Nos pide todo, pero al mismo tiempo nos ofrece todo. (Evangelium Gaudium n.12)

San Pablo, alienta a la comunidad para enfrentar la adversidad que pueden experimentar en tan diversas maneras, por medio del auxilio divino. La consciencia del don de Dios, de su gracia, es fundamental para superar todas las afectaciones, físicas, psicológicas o espirituales que pueden llegar a los mensajeros de Dios, por obra de quien se opone al cumplimiento de los planes divinos. San Pablo que tiene que enfrentar las resistencias de Israel (sus propios hermanos de sangre) a la fe cristiana y las falsas ideas que puede experimentar entre los cristianos (algunos por dudar de su conversión y otros por sobreestimar su obra), le hacen sufrir en su propia carne: “se me ha dado un aguijón en mí carne” (2Co 12, 7) pero al mismo tiempo el Señor le recuerda como sobrellevarlo “la gracia basta” (2 Co 12,9). Esta gracia que hemos recibido en el bautismo nos capacita para poder cumplir con nuestra misión profética:





Los laicos cumplen también su misión profética evangelizando, con el anuncio de Cristo comunicado con el testimonio de la vida y de la palabra. En los laicos, esta evangelización [...] adquiere una nota específica y una eficacia particular por el hecho de que se realiza en las condiciones generales de nuestro mundo: Este apostolado no consiste sólo en el testimonio de vida; el verdadero apostolado busca ocasiones para anunciar a Cristo con su palabra, tanto a los no creyentes [...] como a los fieles (CEC n. 905).

En el evangelio encontramos testimonio del rechazo que vive Jesús en medio de su pueblo, es un relato que refleja su identidad, es el Ungido, el enviado del Padre, en el relato sale a flote de donde proviene su autoridad, mientras se le rechaza porque sus coterráneos conocen su origen y su contexto social, Él fortalece su misión recordando a sus oyentes que para poder recibir la obra que ha venido a realizar en nombre del Padre, se requiere de la aceptación libre de los individuos que sólo puede manifestarse en la apertura de la fe. Es sólo este asentimiento el que permite al creyente identificar la voz del profeta y beneficiarse de su obra: “no pudo hacer allí ningún milagro, sólo curó a algunos enfermos imponiéndoles las manos” (Mc 6,5). Al respecto el Papa Benedicto XVI comenta:

La familiaridad en el plano humano hace difícil ir más allá y abrirse a la dimensión divina. A ellos les resulta difícil creer que este carpintero sea Hijo de Dios. Jesús mismo les pone como ejemplo la experiencia de los profetas de Israel, que precisamente en su patria habían sido objeto de desprecio, y se identifica con ellos. Debido a esta cerrazón espiritual, Jesús no pudo realizar en Nazaret ningún milagro, sólo curó algunos enfermos imponiéndoles las manos. De hecho, los milagros de Cristo no son una exhibición de poder, sino signos del amor de Dios, que se actúa allí donde encuentra la fe del hombre, es una reciprocidad. (Angelus 07/08/2012)

Además de esta clarificación sobre la importancia de la aceptación por la fe para poder recibir la obra de salvación que nos ofrece el Hijo de Dios, nos manifiesta que su obra no se detiene a pesar de la incredulidad, el rechazo o la aridez del corazón que reciba su mensaje. Su obra continua extendiéndose y ofreciendo la vida nueva a quien esté dispuesto a recibirla, por ello añade “extrañado de la incredulidad de aquella gente, luego se fue a enseñar en los pueblos vecinos” (Mc 12, 6).

La reflexión de este domingo nos ayude a encontrar la manera de abrir la inteligencia del corazón para reconocer y recibir con docilidad la voz profética que el Señor sigue inspirando en este mundo para que podamos discernir los caminos para cooperar con la gracia santificante que nos conducirá la felicidad eterna. Pero al mismo tiempo reclama de nuestra respuesta el cultivo de nuestra vocación que de acuerdo a la enseñanza eclesial se nutre en la oración y a ella debemos estar atentos por las diferentes tentaciones que se nos presentan para distraernos de los propósitos de Dios:

La tentación más frecuente en la oración, la más oculta, es nuestra falta de fe. Ésta se expresa menos en una incredulidad declarada que en unas preferencias de hecho. Cuando se empieza a orar, se presentan como prioritarios mil trabajos y cuidados que se consideran más urgentes; una vez más, es el momento de la verdad del corazón y de clarificar preferencias. (CEC 2732)